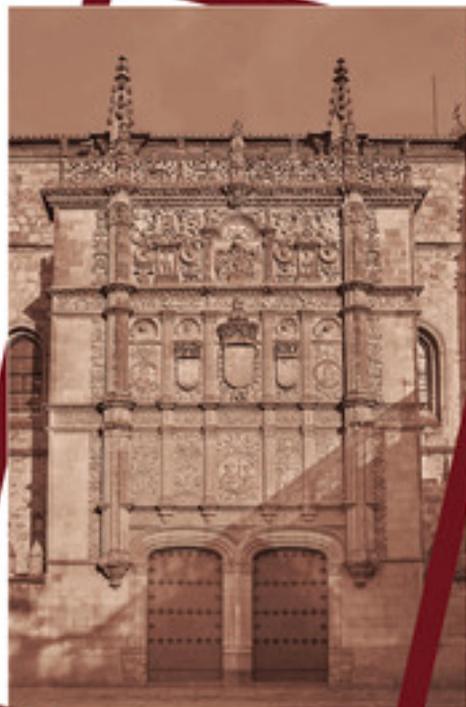

FRANCISCO JAVIER RODRIGO CASTRILLO

Así se habla



UNIVERSO
de LETRAS 

Abreviaturas

adj.	adjetivo
adv.	adverbio
com.	género común de dos
expr.	expresión
f.	femenino
fam.	familiar
fig.	figurado
fr.	frase
interjec.	interjección
intr.	intransitivo
loc.	locución
loc. Lat.	locución latina
m.	masculino
malson.	malsonante
m. adv.	modismo adverbial
n. c.	nombre común
onomat.	onomatopeya
por ext.	por extensión
prnl.	pronominal
proverb.	proverbial
tr.	transitivo
ú.	úsase
v. gr.	verbi gratia
vulg.	vulgar

Prólogo

Este texto, publicado por Gráficas Cervantes, Salamanca, en 1908, ha experimentado algunos cambios. Primero, ha cambiado el título, volviendo al original, *Así se habla*, que el editor sustituyó por otro «con más gancho», a su criterio, *Bien hablado*, pero menos representativo del contenido, a mi juicio. Yo quería que el título expresara la idea de que hablamos así, con imaginación, poblando de metáforas nuestro coloquio. Que no es únicamente territorio de escritores y artistas el lenguaje intenso, expresivo, de alardes lingüísticos; que todos los hablantes, unos más que otros, efectivamente, hacen en su lengua las transformaciones que la Preceptiva ha catalogado como figuras literarias: metáforas, hipérbolas, metonimias, ironías, paradojas...

He corregido algún error, alguna imprecisión, algún matiz demasiado subjetivo que se habían colado en aquella edición, a pesar de varios filtros a los que fue sometida, y por los que pido disculpas a quienes se las toparon. No se merecían esos descuidos de mi parte.

Finalmente, el texto que presento hoy tiene un añadido, el apartado relativo al mar. También el mar ha sido un referente imaginativo importante para los hablantes, bien por su conocimiento y trato frecuente, bien por la fantasía despertada precisamente por el desconocimiento y la lejanía, avivados por narraciones de viajeros o librecas. En todo caso, también el mar ha generado una destacada suma de expresiones salidas del océano que se han extendido a todos los hablantes incluso de tierra adentro, de las que queremos dejar constancia, aunque no sea completa.

Aquí está de nuevo mi discreto homenaje de amor profesional y respeto a nuestra hermosa lengua castellana, que, por cosas de la vida, se ha convertido en una de las tres grandes lenguas del mundo.

Introducción

Los hablantes de una lengua no son fríos usuarios de unos signos de significados inamovibles. Saben que las palabras son símbolos dúctiles que se pliegan y acomodan a estados de ánimo, a contextos, a temas... Y lo saben, porque han actuado así con las palabras, que lo han encajado bien, y han resultado más expresivas y chocantes para el oyente. La consecuencia es un cúmulo de signos enriquecidos con todas las aportaciones emocionales y cognitivas de las distintas generaciones de hablantes en los diversos lugares donde se dispone de la misma lengua. Quiero decir, más claro, que los significados de un signo lingüístico, de la palabra, van creciendo con el uso; que una palabra nace para un fin, por ejemplo, dar nombre a un objeto, *chip*, «circuitos electrónicos con directrices, o información, para una determinada tarea» y, a poco de nacer el neologismo, el hablante se la arregla para, imaginativamente, darle otro servicio: «¡a ver si *cambiamos el chip*, que ya estamos en el siglo XXI!». El oyente percibe la novedad del uso y su eficacia, lo acepta y lo divulga.

Y lo mismo ocurre con una palabra patrimonial, anclada largo tiempo ya en el uso, por ejemplo, *cadena* que, con toda naturalidad, se aplica a un objeto nuevo, «conjunto de tocadiscos, radio y reproductor de cassettes», o «emisora de tv».

Esto —disculpen la simplificación pedagógica— es lo que ha ocurrido a lo largo de los siglos de uso de nuestra lengua. Y no solo por obra de los escritores y otros profesionales de la lengua, ¡que también!, (piénsese en el secular influjo de la lengua del cura sobre los modos de hablar de sus feligreses; o, actualmente, en la repercusión de la lengua periodística), sino fundamentalmente por la lenta, persistente y anónima tarea del pueblo hablador. En esto se centra nuestro trabajo: en la observación de la capacidad del hablante común, del pueblo llano, para crear metáforas, es decir, significados trasladados de palabras y de locuciones que han traspasado el habla para instalarse en el sistema lingüístico. Y he aquí lo que creo que es mi modesta aportación: para esto, el hablante ha recurrido permanente y preferentemente a las mismas fuentes de inspiración: la religión cristiana, la naturaleza, el mundo animal, el mar, la actividad bélica, la culinaria y la lúdica. (Dejo aparte, intencionadamente, la muy rica fuente de metaforización que es el cuerpo humano —véase la amplísima polisemia generada a partir de «ojo», «mano», «pie», «boca», «diente», etc.— fielmente registrada bajo cada uno de esos epígrafes en los diccionarios de la lengua.) Una advertencia: en el tema de la religión, he tratado de aportar algo más que el mero fenómeno de la metaforización; he tratado de recoger un hecho lingüístico más amplio: el del uso frecuente, hoy en retroceso claro, de expresiones religiosas en origen, pero ya desacralizadas, agazapadas en los hábitos lingüísticos incluso de los no creyen-

tes, como latiguillos, frases hechas, tics... He procurado no registrar las que, a mi entender, solo salen de la boca de un creyente: Dios mediante, si Dios me da fuerzas, con la ayuda de Dios..., y tantas más.

Estas realidades —guerra, religión, vida animal, cocina, mar, juego— tienen tanta presencia y tanto peso en la vida del hombre que, dicho con ideas de los autores Lakoff y Johnson, toda otra realidad —las formas de ser y de relación, la amistad, la enemistad, el dominio o servidumbre, el amor, el trabajo, el engaño, el dolor, la tolerancia... y sus contrarios, o sea, la vida y la muerte— la conceptualizan y expresan los hablantes en términos de las primeras; esas otras realidades cotidianas y familiares, hondamente vivenciadas, mediatizan nuestra percepción y expresión. Justamente esto pretende sugerir el subtítulo «la imaginación en la lengua»: sobre una realidad determinada el hablante proyecta una realidad imaginaria, expresando aquella en términos de esta. Así, la buena o mala relación interpersonal, por ejemplo, se formaliza con apariencia de alguna de esas otras realidades: *hacer buenas*, o *malas*, *migas*, ser *como Caín y Abel*, *llevarse como el perro y el gato*, *ser una víbora*, *ser un Judas...*

Por supuesto que mi pormenorizada observación de estos fenómenos —de sobra sé que no exhaustiva— coincide, en parte, con la labor de otros estudios anteriores y coetáneos, en los que, evidentemente, también me he apoyado si lo he creído oportuno. La proliferación de investigaciones y enfoques diversos muestra el enorme atractivo que tiene la lengua coloquial para tantos estudiosos amantes del tema, cuyos trabajos, si bien se mira, se complementan y completan, y todos aportan un ángulo

de luz particular que puede resultar revelador para los curiosos que se acerquen con el ánimo abierto de conocer mejor el funcionamiento mágico de este instrumento de comunicación que es nuestra lengua. No incluyo multitud de refranes en los que pululan Dios y el diablo, los animales o el comer y los comestibles, por considerarlos alejados del uso actual (*denos Dios días y vito, y parte en el paraíso; el pollo pío, pío, y el niño mío, mío; el que toma la zorra y la desuella, ha de ser más que ella...*En cualquier caso, ahí están las distintas colecciones de refranes para la consulta de casos concretos. Yo me he impuesto la limitación del «uso actual» como un condicionante, que me disculpa de hacer un exhaustivo recuento de todas las locuciones existentes.)

La religión en el habla

Con la iglesia hemos dado, Sancho

(Don Quijote, II, cap. IX)

«La promiscuidad entre lenguaje coloquial y lenguaje sacral es fenómeno que se observa en todos los idiomas románicos, pero apenas hay lengua en que el empleo, en la vida profana, de términos relativos a Dios y la vida religiosa sea tan intenso como en español. Es evidente que cuanto más la religión domina la vida social, tanto más se refleja su influencia en el vocabulario profano de origen ritual».¹

Desde los primeros tiempos del Cristianismo, aún en la época imperial del latín, la doctrina informó de tal manera la vida, que ya se constatan términos cristianos acomodados en la lengua común.

¹ J. Terlingen, *Cara de Dios, Homenaje a Dámaso Alonso*, vol. III, p. 463.

Es claro que este origen sagrado de muchos vocablos resulta, a veces, difícilmente detectable para el observador lego, y solo perceptible para el erudito.

¿Quién puede sospechar, sin ir más lejos, del término *palabra*? Porque *palabra*, procedente del gr. *parabola*, «habla de Cristo», vino a sustituir al lat. *verbum*, griego *logos*, tecnicismo teológico especializado en el significado de «Hijo de Dios». Así lo explica Stephen Ullmann, aunque el profesor Eugenio de Bustos matiza, en nota a pie de página, esta opinión, apuntando que *verbum* «mantuvo durante bastante tiempo su significación anterior, como nos atestiguan las formas hispánicas *vierbo*, «palabra», documentada en Berceo, Alfonso X, Fuero de Salamanca, etc.» Lo testifica incluso, añade, la permanencia como tecnicismo gramatical —el verbo— en la lengua culta medieval.²

«Especial difusión tuvo *parabolare* formado sobre el griego *parabola* «comparación»: el vulgo lo tomó del lenguaje eclesiástico y le dio el sentido de «hablar». Y continúa el profesor Rafael Lapesa: «En los romances, la influencia espiritual del Cristianismo ha dejado innumerables huellas. El análisis de la propia conciencia, el afán por ver en los actos la intención con que se realizaban, explica el crecimiento de los compuestos adverbiales *bona mente*, *sana mente*, aunque hubieran empezado a usarse antes».³

Ya en los primeros textos literarios castellanos podemos observar la presencia de términos y giros usuales nacidos en el ámbito eclesiástico. Juan Terlingen entresaca una veintena de

² S. Ullmann, *Introducción a la Semántica francesa*, Rev. Fil. Esp., 1968, pp. 98-99.

³ R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1986, p. 49.

ejemplos de nuestra primera gran obra, el Poema de Mio Cid: *bodas, virtus, siglo, maitines...*⁴

Las causas psíquicas de este fenómeno es la afectividad del hablante, que, según H. Sperber, es el principio único de todas las transformaciones lingüísticas. El vivo interés por un tema nos lleva a hablar de él lo más posible. Y si no se puede de forma directa, lo haremos de modo indirecto: «aun hablando de otra cosase pueden insinuar comparaciones e imágenes sacadas de la esfera favorita, apoyadas, muchas veces, en una muy leve analogía. Los «centros de atracción», de esta manera, se convierten en «centros de expansión semántica». 5

No acepta Ullmann la exclusividad de lo afectivo como desencadenante de los cambios semánticos —opina que factores puramente lingüísticos, históricos, sociales, etc. actúan también en esa dirección—, pero reconoce que «la doctrina sperberiana se muestra rica en consecuencias», y la apoya con un caso: «El siglo XVI fue la época de la Reforma, de las controversias, de las guerras de religión. No es sorprendente que el campo eclesiástico haya proporcionado numerosas metáforas y expresiones figuradas». En una detallada nota, el profesor Bustos ilustra la afirmación de Ullmann con abundantes ejemplos: desde la rica fraseología generada en torno a la palabra *misa*, hasta los numerosos testimonios rastreados, entre otros textos, en el cap. III de *La vida del Buscón*, de Francisco de Quevedo, ya en el siglo

⁴ J. Terlingen, *Uso profano del lenguaje cultural cristiano en el Poema de Mio Cid*, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, Gredos, 1953, vol. IV, p. 260.

⁵ Citado por Ullmann, *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Madrid, Taurus, 1991, p. 227.

XVII, muestras fehacientes todos ellos del intenso influjo eclesiástico en ambos siglos.⁶

En ocasiones, esta actividad impregna el habla durante un tiempo más o menos largo, para desvanecerse después; y en otros casos, se afirma poderosamente en los usos lingüísticos, mostrando acaso un debilitamiento en su intensidad expresiva, pero también una decidida actitud de permanencia. «Algunas tonalidades emotivas son efímeras, contextuales o puramente subjetivas, otras son francamente constantes en un período dado, pero pueden debilitarse o desaparecer por completo, en el transcurso del tiempo». Actúa sobre ellas la llamada «ley de los retornos decrecientes»: «cuando más a menudo repetimos un término o frase expresivos, tanto menos eficaz será».⁷

Mi esfuerzo se orienta a analizar el modo intenso que tiene la fe religiosa de operar sobre la lengua. Pues, como piensa Salvador de Madariaga, la fe castellana, vivida de forma consciente o rutinaria, o abiertamente negada, «se manifiesta surgiendo a la superficie de la expresión».⁸

Lo que mi trabajo quiere mostrar es que, en la mayoría de los casos, estas palabras y expresiones, olvidados sus orígenes sagrados, han pasado a engrosar el acervo de los usos coloquiales, con atuendo santo, eso sí, pero desprovistas de meollo religioso, produciendo la misma impresión que esa pequeña iglesia u oratorio convertidos hoy en auditorio de música o acogedor comedor de

⁶ S. Ullmann, *Introducción a la Semántica francesa*, Madrid, Public. Rev. Fil. Esp., 1968, pp. 341-342.

⁷ S. Ullmann, *Semántica*, Madrid, Aguilar, 1965, pp. 155-156.

⁸ Salvador de Madariaga, *Dios y los españoles*, Barcelona, Planeta, Espejo de España, nº 15, 1976.

restaurante, o esas tallas más o menos mutiladas de santos o vírgenes que decoran nuestras mansiones burguesas.

Después de mucho tiempo de atenta observación del habla, he logrado sorprender una buena cantidad de términos, modismos, frases hechas, refranes... —muchos de los cuales, ya registrados por el Diccionario de la Real Academia o el Diccionario de Uso del Español, de María Moliner, o presentes en los más viejos refraneros—, en los que puede percibirse su procedencia sacra, pero cuyo comportamiento, muy a menudo «agnóstico y descreído», dista ya mucho de ser consecuente con las aguas bautismales de su nacimiento. (En mis referencias constantes al DRAE, siempre que he podido, he utilizado la edición de 1970, que conserva la vieja nomenclatura de «frase figurada y familiar» («fr. fig. y fam.»), porque su indudable autoridad avala mi búsqueda : las transformaciones figuradas o metafóricas coloquiales en estos campos temáticos a los que he limitado mi observación. También he consultado las ediciones de 1992 y 2001). (Y la última de 2014, para la revisión y ampliación que ahora se edita con nuevo título).

1.LÉXICO

En este primer apartado, enumero detenidamente una serie de vocablos de raíces sagradas, que pululan en la lengua profana de uso corriente. En bastantes casos, el término funciona dentro de un modismo, locución, etc., que he incluido, por razones prácticas, en esta misma sección:

ADÁN: es, según el DRAE, «hombre desaliñado, sucio o haragán», quizás aludiendo a la desnudez del primer padre que, antes de su desobediencia, no sentía la necesidad de cubrirse (todo según el relato bíblico): *estar hecho un adán, eres un adán, como un Adán...* son fórmulas que denotan abandono en el aliño personal. También en sentido figurado, es «hombre apático y descuidado» (DRAE).

ADEFESIO: el DRAE explica su origen, «de *ad ephesios*», es decir, a los habitantes de Éfeso, destinatarios de una carta de san Pablo: «m. fam. Despropósito, disparate, extravagancia. 2. fam. Traje, prenda de vestir o adorno ridículo o extravagante. 3. fam. Persona de exterior ridículo y extravagante»..

Ad efesios, «exp. adv. fam. Disparatadamente, saliéndose del propósito del asunto».

ADIÓS: interjección de despedida, que, según Corominas—Pascual, es elipsis de «a Dios seades» o «a Dios seas»; originariamente, por tanto, expresión de un deseo cristiano (por eso, los republicanos, durante la guerra civil, intentaron cambiarlo por el aséptico «salud»). El uso secular de esta fórmula desgastó todo sentido religioso. (Según el sociólogo A. de Miguel, «en los tiempos que corren el *adiós* ha ido perdiendo vigencia [...] se está imponiendo el *hasta luego*... Decir *adiós* hoy en España no es un distintivo de persona religiosa, sino de persona talludita. Estamos más bien ante un corte generacional en el habla». ⁹ Referido a los años 60, puede ser cierto, pero actualmente yo creo que *adiós*, como fórmula de despedida, tiene, al menos, tanta vigencia como *hasta luego*).

⁹ A. de Miguel, *La pervisión del lenguaje*, Madrid, Espasa—Calpe, 1965, p. 141.

El significado de despedida, muchas veces se amplía metafóricamente en «dar por perdido un asunto», o como expresión de olvido o desinterés por algo: «Y si no se tiene en cuenta el sentir de todo un pueblo, *adiós* democracia».

ADORAR: se puede adorar, metafóricamente, a seres humanos y a cosas. Entonces, solo significa «amar con extremo» (DRAE). Así, se pueden adorar las almejas, a Picasso, el arte del Renacimiento, la música de Mozart...

ALELUYA: procedente del hebreo «hallelu Yah», «alabad al Señor», palabra con la que empiezan varios salmos, documentada ya en los textos de Berceo. En *La Celestina* aparece con el significado de «enjuagues y trapicheos» («allí hacía ella sus aleluyas y conciertos»). Ha llegado a significar «versos prosaicos y de puro sonsonete» (DRAE). Los usos cotidianos llevan la palabra hasta el significado de «excusa»: «No me vengas con *aleluyas*», se le dice a alguien que pretexta disculpas poco convincentes.

ANATEMA: palabra que procede del latín *anathema*, y esta a su vez del griego, con el significado de «objeto consagrado, exvoto», que aparece ya en el castellano de *Las Partidas* de Alfonso X, es término frecuente en los textos eclesiásticos condenatorios que sentencian a herejes y disidentes. Vale tanto como «excomuniación». Sin embargo, ya lo recoge el DRAE como «maldición», no ligada a textos ni personajes sagrados: «siempre está lanzando *anatemas* contra cualquier propuesta del Gobierno». Y el verbo *anatematizar* es, figuradamente, «reprobar o condenar por mala a una persona o cosa» (DRAE).

APOSTOLADO: como hizo con otras muchas palabras, el latín del cristianismo primitivo tomó del griego el término *apóstol*,

«enviado», para designar a cada uno de los doce discípulos de Cristo, con quienes convivió más estrechamente y a los que envió a predicar el Evangelio por todo el mundo. *Apostolado* es, en principio, su misión. Más tarde, el término ha vuelto por sus fueros paganos y etimológicos, y el Diccionario académico ha tomado nota: «campana de propaganda en pro de alguna causa o doctrina».

BARRABÁS: «(Por alusión a Barrabás, judío indultado con preferencia a Jesús.) m. fig. y fam. Persona mala, traviesa, díscola» (DRAE). Bruno Migliorini dice que probablemente por la onomatopeya del propio nombre, ya desde la Edad Media, infundía desprecio y miedo.¹⁰

El derivado *barrabasada* lo utiliza Góngora por primera vez, según Corominas—Pascual. El DRAE lo cataloga como «travesura grave, acción atropellada» (DRAE); la lengua más coloquial y cotidiana le da muchas veces el valor simple de «travesura, trastada», aunque no llegue a importante.

BEATÍFICO: término culto que no desmiente el tronco latino del que brota, está ligado a la Teología cristiana y significa «que hace bienaventurado a alguno» (DRAE). Así también el adverbio *beatíficamente*. Su uso literario, que no coloquial, lo rebaja a «feliz»; y a «felizmente» en el caso del adverbio.

BELÉN: nombre de la población en donde nació Jesús, según los Evangelios, y, por metonimia, la reproducción a escala reducida del misterio navideño. El sentido figurado de «revuelo, alboroto» aparece en nuestro Diccionario académico: «sitio en que hay

¹⁰ B. Migliorini, *Dal nome proprio al commune*, Firenze, Leo S. Olschki Editore, 1968.

mucha confusión, o la misma confusión». Otro de los múltiples casos de nombres propios, topónimo en este caso, transformados en comunes. Aparece en construcciones como *armar un belén*, *preparar un belén...*, o en fórmulas exclamativas, ¡menudo belén!, ¡qué belén!....

BENDITO: procedente del latín *benedictus*, es participio irregular del verbo *bendecir*, que se utiliza como sustantivo y como adjetivo. Como sustantivo, aparece definido en el DRAE: «persona sencilla y de pocos alcances». Peor le ha ido en francés, donde su correspondiente *bené*», es «tonto, estúpido, simple». Y es, según Ullmann, «eco palmario de la primera bienaventuranza: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».¹¹ (Ver pp. 56-57).

BENJAMÍN: *Gn* 35,18, narra el nacimiento de Benjamín, último de la prole de Jacob y por el que sintió especial predilección. *Benjamín* ha entrado en la lengua como nombre común: «hijo menor y por lo común el más querido de sus padres» (dando por sentado el DRAE que los padres tienen amores desiguales por los hijos).

Y *benjamines* son los alevines de deportistas, los más niños en un deporte concreto. Incluso la botella pequeña de champán o cava, de 250 ml, recibe también este nombre: «¿nos tomamos un *benjamín*?»

BLASFEMIA: se denominan así las palabras injuriosas contra Dios, la Virgen o los santos (DRAE); y en segunda acepción, «palabra gravemente injuriosa contra una persona». El término, desacralizado, también se usa para catalogar una afirmación o un vocablo como «osado en demasía» o «de espíritu demoledor», o «barba-

¹¹ S. Ullmann, op. cit., p. 233.

ridad». (En *El laberinto de Fortuna* he encontrado el verbo, **blasfemar**, con el valor que hoy tiene también de «desbarrar, hablar sin tino»: «mas non de grosseros, que siempre blasfeman / segund la rudeza de sus opiniones», copla 32. Y Cervantes usa también la metáfora: «Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea...», I, cap. XXX). Y **blasfemo**, en contextos profanos, es quien desatina reprobando lo que la mayoría aprecia: «no seas **blasfemo**: los rioja son casi todos excelentes». (En el mismo contexto, desacralizaríamos la palabra *sacrilegio*, sobre todo en el caso de «hacer»: «echar gaseosa a un rioja es un sacrilegio»).

BREVIARIO: el primer significado que reconoce el DRAE es el religioso, aunque procede de un adjetivo latino profano *brevariarius*, «compendioso, sucinto»: «libro que contiene el rezo eclesiástico de todo el año». Como segunda acepción, vuelve al étimo: «epítome o compendio». Así en el ejemplo de Delibes, aunque no está lejos la connotación de libro imprescindible, tan caracterizador del cura como la misma sotana, y cuyas relaciones no eran siempre cordiales, según muestra el nombre familiar que se le daba en algunos círculos, «la suegra»: «El vate y su disciplina dicen que es el **brevariario** del poeta» (*Diario de un jubilado*).

BULA: tomado del latín *bullā*, «bola», «sello de plomo que va pendiente de ciertos documentos pontificios», «uno de estos». Y como estos escritos se popularizaron concediendo prerrogativas y exenciones mediante la aportación de un óbolo para la Iglesia, en el habla coloquial **bula** vino a ser «excepción, privilegio». «**Tener bula**», constata el DRAE, es «arrogarse permiso o licencia para hacer o decir cosas según la voluntad de uno».